

Jacinto

Graciela Cabal



Plan nacional
de lecturas



Ministerio de Educación
Argentina

Argentina unida

PLAN NACIONAL DE LECTURAS

Coordinación: Natalia Porta López

Revisión y rediseño: Teresita Valdettaro y Elizabeth Sánchez

Ministerio de Educación de la Nación

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, febrero de 2021

“Jacinto” de Graciela Cabal.

© “Jacinto”, Graciela Cabal.

© 2003, Editorial Sudamericana S.A.

Ilustraciones: Jimena Tello



Texto publicado por el Plan Nacional
de Lectura en el marco de la
colección “El libro de lectura del
Bicentenario”, 2010

El día de su cumpleaños Julieta recibió muchos regalos: una tortuga de verdad, un títere que se llamaba Perico y una maceta con una flor colorada.

Pero cuando Julieta vio a Jacinto casi se cae sentada de contenta, tanto le gustó.

—¿Quién me regaló ESTO? —gritó Julieta.

Como todos tenían la boca ocupada tocando la corneta o comiendo masitas, nadie le pudo contestar.

Jacinto le guiñó un ojo, se subió a la torta y empezó a chuparse los confites de chocolate.

—¡Esperá, Jacinto, ayudame a apagar las velas!

Entonces los chicos cantaron “que los cumplas feliz” y tomaron naranjada con pajita.

Desde ese día, Julieta y Jacinto fueron grandes amigos.



Cuando Julieta iba al Jardín de Infantes —que es un lugar muy importante— llevaba a Jacinto en el bolsillo del delantal.

Si hacía frío, Jacinto se abrigaba con las pelusas y solo asomaba la puntita de la nariz.

La gente grande no lo veía a Jacinto. Los perros y los gatos y las tortugas y los pajaritos, sí.

También lo veían algunos chicos: los que eran muy amigos de Julieta y le daban alfajores y pastillas de anís.

Casi siempre Jacinto dormía en una chinela peluda. Pero a veces, en la mitad de la noche, Jacinto se levantaba despacito, se metía en el canasto de los juguetes y hacía un zafarrancho.



Porque Jacinto era muy travieso y desordenado: no encontraba sus zapatos ni su cepillo de dientes, dejaba las témperas destapadas, hacía orejas en los cuadernos y otras cosas muy horribles para las madres y los padres.

La mamá de Julieta nunca había visto a Jacinto y, entonces, la retaba a ella.

—¡Julieta, ese desorden en tu biblioteca!

—¡Julieta, qué vergüenza, ningún botón en el delantal!

—¡Julieta, sacales punta a tus lápices de colores!

—¡Julieta, todos los juguetes desparramados por el suelo!





Pero el gran lío se armó cuando nació el hermanito. Santiaguito era sólo un bebé y tenía a todo el mundo corriendo de un lado al otro.

Que la mamadera, que los pañales, que las tías de Trenque Lauquen...

Un trabajo bárbaro, un verdadero loquero; la casa, patas para arriba.

Sin embargo, la familia parecía encantada. Y Julieta, también.

Jacinto no entendía mucho, pero estaba tan celoso que se llenó de manchitas.

Julieta ya no se acordaba de darle de comer a la tortuga ni de regar la flor colorada.

Y, lo peor de todo: Julieta ya no se acordaba de Jacinto.

Un día, Jacinto no aguantó más y en puntas de pie se acercó al canasto donde dormía el bebé. Se trepó y lo miró bien de cerca.

En realidad esa cosa era bastante linda, pero no merecía tanto alboroto.

A Jacinto le hubiera gustado quedarse dentro del canasto, que estaba limpio, perfumado y lleno de moños celestes.

Pero Julieta se iba a enojar.

Porque Julieta ya no lo quería como antes.

Entonces, muy rabioso, Jacinto le sacó el chupete a Santiaguito y empezó a correr y a correr.

El bebé abrió un ojo, después el otro, movió un poco la boca, otro poco, y empezó a llorar como loco.



Cuando oyeron llorar a Santiaguito:
el papá se martilló un dedo,
la mamá dejó caer los huevos de la tortilla,
a la abuela se le escaparon tres puntos del tejido,
Julieta le regó la cabeza a la vecina de abajo.
—¡Al nene le duele la panza!
—¡Tiene sed!
—¡Tiene hambre!
—¡Tiene hambre y sed y le duele la panza!
—¡LLAMEMOS AL DOCTOR NICOLINI!!



Santiaguito lloraba cada vez más fuerte.

Llegó el doctor Nicolini y, como era un señor muy serio, se puso los anteojos, tosió un poco y se rascó una oreja.

Lo miró al bebé por arriba, lo miró por abajo y se rascó la otra oreja.

—¿Qué le pasa a Mi bebé?
—gritaron al mismo tiempo la mamá, el papá, Julieta y la abuela.

—A este nene...

—¿Síiiiiiiiiii?

—A este nene... le falta el chupete.

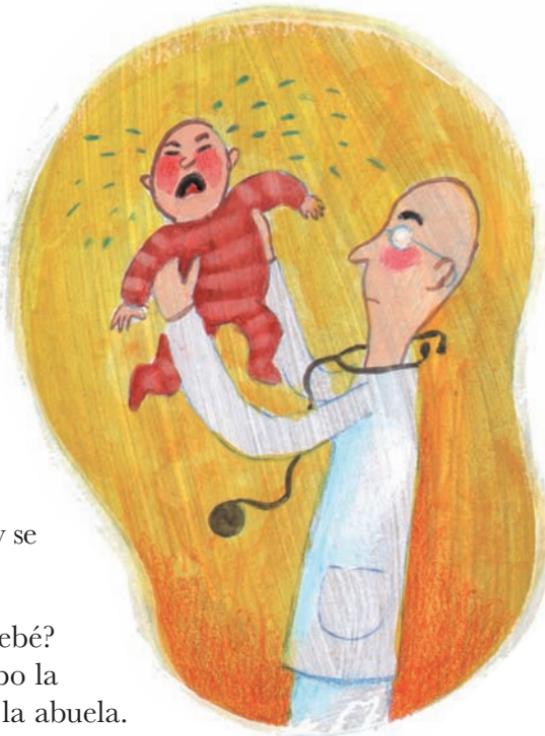
—¡LE FALTA EL CHUPETE! ¡LE FALTA EL CHUPETE!

El papá, la mamá, Julieta, la abuela y algunos vecinos corrieron a la farmacia de la esquina a comprar chupetes.

Y, como se fueron todos, el bebé se quedó solo, llorando y llorando.

Bueno, solo no: con Jacinto, que entonces salió de su escondite y le puso el chupete en la boca.

Santiaguito paró de llorar y lo miró a Jacinto.



Y le hizo una risita.

Y le agarró el dedo.

—Soltame, bebé, que estoy muy apurado. Tengo que preparar mi valija. Como nadie me quiere, me voy de esta casa para siempre. Soltame, te digo...

Pero Santiaguito le hacía más risitas y no lo soltaba nada.

En eso llegaron todos: el papá, la mamá, Julieta, la abuela y los vecinos, cada uno con su chupete en la mano.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Miren a Santiaguito con su chupete!
—dijo el papá—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

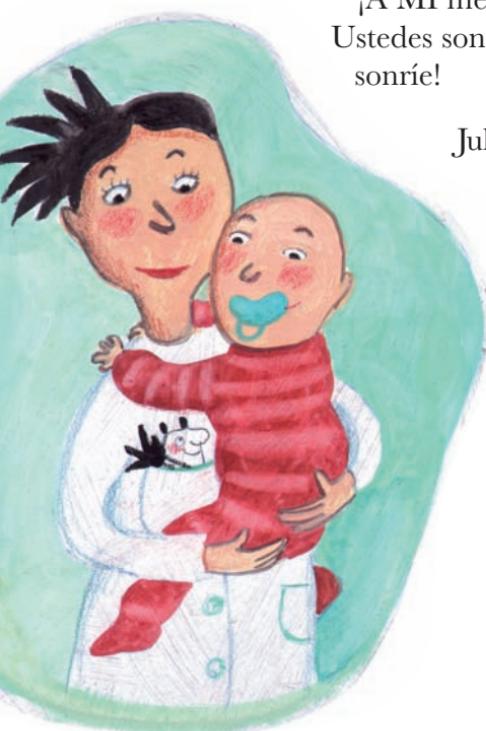
Y me ha sonreído a MÍ solo.

—¡A MÍ me sonrió! —dijo la mamá—.
Ustedes son testigos. ¡Mi bebé ya ME
sonríe!

Julieta no dijo nada, pero miró
a Jacinto y al bebé.

Jacinto le guiñó un ojo
y, calladito calladito, se fue
acomodando dentro del
canasto limpio, perfumado
y lleno de moños celestes.

© “Jacinto”, Graciela Cabal.
© 2003, Editorial Sudamericana S.A.



Graciela Cabal



(Buenos Aires, 1939-2004) fue una de las más talentosas, originales y audaces escritoras de literatura para niños, jóvenes y adultos. Autora de más de 70 libros, fue también maestra de escuelas, titiritera y, sobre todo, una extraordinaria lectora. Entre sus libros más leídos figuran *Barbapedro*, *La señora Planchita, la serie Tomasito*, *Cuentos de amor, de miedo y de risa*, *Mujercitas eran las de antes* y *Secretos de familia*.

Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convoca literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.